

## Reflexiones tras la tragedia

Por Jaime Guzmán

La semana que termina quedará registrada como aquella en la cual ocurrió la peor tragedia ferroviaria de nuestra historia hasta la fecha. Escribo aún bajo el

impacto de las imágenes y los relatos de tan horrible desastre.

Con certera intuición, el periodismo capta que de pronto sucede un acontecimiento que desplaza a los demás a un segundo o tercer plano. Los diarios destinan toda su portada y la mayor parte de sus páginas informativas a ese solo hecho impresionante. Las radios y la televisión ven casi copados sus noticiarios por el mismo tema. Durante uno o varios días hay escaso lugar o relevancia para otras preocupaciones.

Surge entonces el sentimiento de un país entero conmovido por una tragedia. El Jefe del Estado se hace personalmente presente. Hasta el Papa envía a Chile sus condolencias.

Competerá a las instancias judiciales y administrativas pertinentes determinar -con toda la amplitud y el rigor que el caso requiere- las responsabilidades que procedan. Pero si bien tales investigaciones debieran contribuir a dificultar que algo parecido se repita, sabemos que ello nunca será del todo posible. El ser humano estará siempre expuesto a sus propias fallas, a las de sus semejantes o a las de sus obras.

De ahí que pienso que ante dramas como éste, es necesario trascender lo meramente circunstancial, para ahondar en las reflexiones más profundas que ellos sugieren.

¡Cuán a menudo confe-



rimos desproporcionada importancia a los pequeños agravios o contratiempos cotidianos, juzgándolos intolerables frente a nuestros deseos

insatisfechos o contrariados!

Deben sobrevenir los grandes dolores para que midamos mejor las cosas, aceptemos con resignación las adversidades inevitables y apreciemos lo mucho de maravilloso que Dios nos ha dado.

¡Con qué frecuencia nos apegamos indebidamente a los bienes materiales y a las supuestas "seguridades" que les atribuimos!

Ha de hacerse patente su precariedad, que alcanza incluso a la salud y la vida propias o de los seres más queridos para que fortalezcamos en nuestras existencias una recta escala de valores, donde lo espiritual y lo afectivo ocupen la prioridad que se merecen. Y eso exige una auténtica vida interior.

¡Qué fácilmente tendemos a mirar la muerte como una realidad quizás próxima para otros, pero siempre remota para uno mismo!

Tiene que golpearlos la evidencia de un accidente del que cualquiera de nosotros pudo ser una de las víctimas fatales, para que asumamos cabalmente la fragilidad de nuestra vida temporal y el imperativo de procurar ajustarla al siempre inminente juicio divino.

Los creyentes sabemos -aunque nos cueste comprenderlo y aceptarlo- que Dios permite los grandes sufrimientos humanos para que nos purifiquemos interiormente, aproximándonos así a Su vida luminosa.